

CORPUS CHRISTI (C)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
10 de junio de 2007
Gn 14, 18-20

Melquisedec ofreció pan y vino. Lo decía la primera lectura. Melquisedec es un personaje del cual no sabemos ni el origen -la genealogía- ni los hechos de su vida, salvo lo que hemos escuchado hoy al libro del Génesis. Pero ha dejado una huella notable en la tradición cristiana. ¿Por qué, hermanos y hermanas, la liturgia de la solemnidad del Corpus nos lo presenta hoy? El Génesis decía que Melquisedec era *rey y sacerdote. Rey de paz y de justicia*, precisará la Carta a los cristianos hebreos (7, 2) al presentárnoslo como una figura profética de Jesucristo, al verdadero y único *sacerdote del Dios Altísimo*; lo único, por lo tanto, que en su realidad divina y humana ofrece a Dios un culto digno en *santidad y justicia* (cf. Lc 1, 74-75) y puede hacer de mediador entre el Dios Santo y la humanidad débil y pecadora para liberarla. Por otra parte, en el hecho de que Melquisedec *ofreció pan y vino*, los Padres de la Iglesia ven una figura que anuncia la Eucaristía. La liturgia de hoy nos lo presenta, pues, por su doble dimensión de *sacerdote y rey* que le hacen ser anticipación de Jesucristo y de la mesa eucarística que nos prepara.

Efectivamente, como Melquisedec, Jesús, en la última cena, ofreció *pan y vino* y dio la bendición de parte de Padre a los descendientes de Abraham por la fe, al nuevo pueblo de la alianza y por extensión a toda la humanidad. Jesús ofreció *pan y vino*, pero se ofreció también en sí mismo llevando su cuerpo y su sangre a la cruz. *El pan y el vino*, en el encuentro entre Abraham y Melquisedec, eran signo de hospitalidad. Jesucristo, además de ser signo de acogida y de compartir, el *pan y el vino* se convierten en sacramento de su ofrenda en la cruz, de la donación por amor de su vida. Porque el cuerpo de Cristo que recibimos es el mismo que en la cruz se entregó para la humanidad. En el sacramento de la Eucaristía vemos cómo la muerte violenta de Jesús, que por ella misma era absurda, "se ha transformado en un supremo acto de amor y de liberación definitiva del mal para la humanidad" y en "alimento para nosotros de la verdad y del amor" (Benet XVI, "Sacramentum caritatis", 10 y 2).

De aquí toma su sentido la solemnidad de hoy. El Corpus es una resonancia pascual del Jueves Santo, cuando conmemoramos la institución de la Eucaristía. El Corpus es, por lo tanto, una fiesta para adorar al Señor resucitado presente, por obra del Espíritu, en los Santos Dones eucarísticos, y para agradecerle que quiera estar *con nosotros todos los días hasta al fin del mundo* (Mt 28, 20), alimentando nuestro interior, dando sentido y fuerza a nuestra vida y a la misión de la Iglesia en el mundo. Por eso podemos hablar de la Eucaristía como fuente y cima de nuestra vida personal y de la vida eclesial; como fuente del culto verdadero y espiritual que el cristiano está llamado a ofrecer a Dios con su vida. Participando en la ofrenda eucarística de Jesucristo ofrecemos nuestros cuerpos -nuestras vidas!- *como hostia viva, santa, agradable a Dios* (Rm 12, 1).

El agradecimiento y la adoración ante el misterio de la Eucaristía no pueden quedar sólo como una vivencia personal. Jesucristo quiere que aquello que significa la celebración, lo transformemos en vida. Por eso, el sacramento de la Eucaristía tiene siempre un carácter comunitario y social. En el ámbito de la Iglesia es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse Cristo; hasta el punto que sólo se puede celebrar la Eucaristía y comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo si hay esta voluntad de reconciliación y de comunión en el amor fraterno. Jesucristo, el verdadero *rey de paz y de justicia* prefigurado por Melquisedec, al ofrecernos su *Pan y su Vino* eucarísticos nos impulsa hacia la reconciliación, el diálogo, la comunión fraterna y el compromiso por la justicia. Y eso no solos a nivel intraeclesial, sino también en el ámbito de la sociedad, en el ámbito de nuestro mundo globalizado. De aquí nace el trabajo de tantos cristianos y cristianas para transformar las estructuras injustas y restablecer el respeto de la dignidad de cada persona, para construir "a la civilización del amor" y denunciar tantas situaciones indignas (cf. Benet XVI, id., 89-90).

Así lo ha hecho recientemente Cáritas de la Provincia eclesiástica de Barcelona al pedir un pacto de todos los partidos para erradicar la pobreza extrema que va creciendo, de manera que la

administración y los partidos hagan una apuesta firme en favor de las políticas familiares y de unas pensiones dignas, y se pueda llegar a un pacto de Estado sobre la inmigración. En Cataluña, hay un millón dos cien mil personas que viven con unos ingresos ínfimos. Eso quiere decir que prácticamente una de cada cinco personas -mayoritariamente mujeres- está por debajo del umbral de la pobreza y en el caso de los niños es uno de cada cuatro. Por otra parte, el Estado Español es el que destina el porcentaje más bajo de Europa a protección social y a la prevención de la exclusión por razones de pobreza. Ojalá, pues, se establezcan políticas que aporten una solución digna a este problema dramático de nuestros pueblos y ciudades (cf. "El Periódico", Supl., 17.05.07, p. 16; "La Vanguardia", Vivir, 8.06.07, p. 4).

Pero no tenemos que dejar que sea sólo la administración quien resuelva estas situaciones. Todos nos tenemos que sentir responsables y tenemos que procurar aportar lo que podamos para paliarlo, no sólo a nivel económico sino también con otras acciones de ayuda y de cooperación. Es una exigencia de nuestra participación en la Eucaristía. Es la manera de corresponder al don que el Señor nos hace de él mismo y de seguir su designio de amor sobre la humanidad: que todo el mundo tenga todo el necesario para vivir dignamente en justicia y libertad.

Dentro de unos instantes, algunos de vosotros, en nombre de toda la asamblea, llevaréis al altar *pan y vino*; por la oración de la Iglesia y la obra del Espíritu Santo se transformarán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Serán alimento y bendición divinos para nosotros. Serán prenda de vida eterna. Con gozo, adoremos y agradezcamos el amor sin límites de nuestro Dios Uno y Trino que se manifiesta en la Eucaristía.